

La gran parodia de España: la Españeta

El último libro de Carlos Rojas, en el que confluyen las cuatro grandes corrientes por las que ha discurrido su obra: la del ensayista, la del crítico -de arte y literario-, la del historiador y la del creador, lleva un título que no da cuenta exacta de su contenido: *Puñeta, la Españeta* (Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 2000), que hace pensar en una especie de *Celtiberia Show* o algo de ese estilo, cuando en realidad contiene dieciséis largas y profundísimas misivas a cuatro jefes de Estado (Juan Carlos I, Francisco Franco, Estanislao Figueras y Alcalá Zamora), cuatro dirigentes (Francesc Maciá, Sabino Arana, Alejandro Lerroux y Pablo Iglesias), cuatro profetas (Mestre de Sant Climent de Taüll, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset y Antonio Machado) y cuatro creadores (Picasso, García Lorca, Dalí y Valle Inclán). Más una conclusión.

El libro, como el autor, se me presentan como únicos, en sus respectivas “modalidades” de obra literaria y de intelectual, en este país, culturalmente cada día más en manos de los *grasiosos*. Imagino que sobre ambos caerá un merecido silencio. Lo mismo aconteció con *La gran parodia*, de Juan Ignacio Ferreras, otra obra excepcional de la que sólo *La Fiera* se ocupó. Un mentís para quienes pregonan que nuestra revista sólo se ocupa de destruir. Lo que en verdad, en verdad, ocurre es que medimos por un listón europeo, occidental, universal, galaxiano y la enanez de los productos editoriales españoles pasa tan por debajo que ni los vemos.

Los críticos literarios españoles, los directores y directoras de los suplementos culturales, los escritores de éxito y los que les siguen en el escalafón, los académicos reales y potenciales sienten pánico ante el pensamiento diferente. El llorado almirante Carrero Blanco tuvo más de doce años sin inaugurar el Museo de Arte Moderno, porque “no quería otro foco de rojos en la Universitaria”. Mentalmente, los enumerados pertenecen a esta escuela. A saber qué piensan de dos -los antes nombrados- de nuestros escritores predilectos. Quizá que son alienígenas y que vienen con malas intenciones. Unos tipos que no hablan del tocino, ni del *pichichi* de la temporada, ni de ir a la Biblioteca Nacional para follarse a la novia en un retrete ni citan a Cela no pueden ser, para sus mentalidades, buena gente. *La Fiera* ha propiciado el encuentro de estos dos escritores -tendrían que haber visto ustedes las culebrinas transmigratorias de las ideas pasando de una cabeza a otra, ante el asombro del anfitrión, nuestro venerado Timothy Alexander O’Garthia, que se creía insuperable-, pero es que, como dijo Bush -o quizá fue Gore-, para ganarse el voto de los hispanos: “*La Fiera is different*”.

Carlos Rojas, sin ser mirlo ni blanco ni ninguna otra especie de *rara avis*, viene paseando por *este país*, desde hace medio siglo, un talento, una preparación, una obra que ya las quisieran, repartidas entre cuatro o cinco individuos, los países aspirantes a ingresar en la Unión Europea de la Cultura. Aquí, donde, con dictadura o democracia, se exalta con fervor la mediocridad debe de aparecer, como apuntaba antes, un extraterrestre. Si resulta, y yo así lo creo, que, como decía Valle Inclán, en España es un delito el talento, temo que don Carlos Rojas, un hombre al que casi acabo de conocer, sea un condenado a muerte *in pectore*.

Su libro sobre *La Española* es, como *La gran parodia* de Ferreras, ya citado, algo más que un gran libro para nosotros. Va a pasar a formar parte, al igual que el otro, de la escasa lista de tratados fundamentales de filosofía feroz. Con las debidas licencias ya obtenidas, los conceptos fundamentales que acuñan los repetiremos en las letanías con que acompañamos diariamente maitines, vísperas y completas.

Aprovechando una venida del profesor Rojas -lo es en Emory University, Georgia, USA- a Madrid, intenté entrevistarle, pero ante él, y a pesar de mi fama de fierecilla indomable a este lado de la selva, no pude hablar. Y es que, además, es un guaperas, de mirada penetrante. (¡Que no caiga en manos de Maruja Torres! le pido con toda mi alma a San Peroncio.) Pasada un semana del encuentro en nuestra redacción, le dirigí la

Siguiente carta

Admirado escritor: he estado a punto de escribir “respetado profesor”, quizá porque el inconsciente colectivo (el del CDNE al que represento y cuyos miembros me apoyan en estos momentos mediante ejercicios de control mental; yo sola no me hubiese atrevido a enfrentarme a usted ni espistolarmente) me impulsaba a establecer las debidas distancias. Y es que usted es, permítame que se lo diga, lo que aquí llamamos un portento. Quizá el mayor portento de su generación. Pero ¿es que hay algo que usted no haya leído, don Carlos? Mejor dicho: ¿es que hay algo que usted no haya leído, digerido y asimilado? Luego de lo trabajado hasta ahora en este Centro y de lo por él publicado, expandido y alicatado, es vano aclarar que usted empezó a formar parte de nuestro panteón, desde los inicios, como novelista, como uno de los novelistas que, tras el paréntesis horroroso de la contienda incivil, más hizo en este país -al que, líneas más adelante, bautizaremos de nuevo con su inapreciable ayuda- por que nuestra novela se desmarcara de la mugre, la pringue, la berza, la sangre frita y encebollada, el cocido del que ya los del 98 -antigarbanceros y anticastizos como usted y sus amigos, pero no tanto; ustedes ya nacieron con un sitial en la Sociedad de Naciones; es más, fueron los primeros niños prodigios que, en los tristes 40, empezaron a viajar sin sus madres- apostrofaron a su modo, e hicieron -a ustedes vuelvo a referirme- por vocación, sin cálculo, cada uno por su lado, todo lo posible, que fue mucho, por que nuestra literatura convergiera con la de Europa, la del entero Occidente, la del Sistema Solar y, finalmente, la de la Vía Láctea. Pero es que, desde unos años a esta parte, se nos viene encima también, apabullante, su labor ensayística, su trabajo de historiador originalísimo, de filósofo de la historia de España diría yo, terreno en el ha venido a converger -treinta años después de la otra milagrosa convergencia- con otros espabilados miembros de su generación. Cuando pienso que usted es en este país un autor de minorías, mientras se envuelve en incienso, mirra, áloe y otros polvos -dicho sea sin doble intención- a tantas enanas y enanos -desde el sistema, desde la industria cultural, desde los medios que sirven a uno y otra, desde tantas plumillas de columnistas/moralistas, como aquí les llamamos, y de críticos mercenarios, catedráticos de literatura que lo mismo podían haber opositado a secretarios de ayuntamiento, de académicos que dicen de la lengua pero que lo son del culo, es que me pongo negra y parece que me va a dar algo.

No sé si usted se ha parado a pensar, desde su franciscana modestia, don Carlos, en lo que significó, para la literatura, la cultura en general de este país, aquel disperso grupo de escritores que, en los primeros 60, acometió la tarea, por vocación profunda, insisto, no partiendo de una estrategia ni, muchos menos, porque alguien les pagara por hacerlo. Cuatro novelistas, según se ha creído hasta ahora -Bosch, García Viñó, Manuel San Martín y usted, el mismo año -1962- en que el infame traidor José María Castellet firmaba el finiquito a la novela social que él, a sueldo de las fuerzas del mal, había promovido, dejando a sus peones en la cuneta, publican sendas novelas que representan un cambio cualitativo tan radical, no sólo de forma y de contenido, sino de concepción del género, que yo todavía me mareo. Pero ¿ha notado mi reticencia? “Según se ha creído hasta ahora”, he escrito astutamente, refiriéndome a cuanto nos ha enseñado hasta ahora la labor casi en solitario de Manuel García Viñó a partir de su libro *Novela Española Actual* (1967). Pero es que en este Centro de Documentación se ha trabajado mucho en esa parcela. Dese cuenta de que nacimos impulsados a la lucha contra la nueva berza -la de los Umbral, Gala, Marsé, Vicent, Rosa Montero, Maruja Torres, Almudena Grandes, Clara Sánchez, Benítez Reyes, Juan Manuel de Pradas, Marías, Guelbenzu, Molina Foix y demás inciendados a que antes me refería, que, no por presentarse mezclada con hortalizas transgénicas, y como guarnición de pescadillas comunitarias, filetes de vacas locas o chuletas de ovejas clónicas deja de serlo. Ya en su día, don Manuel, con la ayuda de algunos críticos listos, como Antonio Valencia y Cerezales, aumentó la nómina con Antonio Prieto, Vidal Cadellans, José Tomás Cabot y Alfonso Albalá. Pero es que, más recientemente, esta pía institución en que me paso los días, con la inapreciable ayuda de un antiguo profesor nuestro de sociología, don Juan Francisco Lerena y su libro, aún inédito, *Orígenes de la novela metafísica*, hemos descubierto, analizado, comprobado y ratificado que al fenómeno de la universalización de la novela española le había pasado como a esos inventos que a la vez realiza un científico aquí, otro allá y uno más acullá. Sí, respetado profesor, admirado escritor, al mismo tiempo que ustedes trabajaban sobre un felpudo *made in Taiwan*, para no pisar la piel de toro, Juan Ignacio Ferreras trabajaba en la misma dirección en la Sorbona y Antonio Risco en una universidad del *midí*. Y aún tengo que añadir -ningún nombre de mujer y mucho que me duele- a Juan Goytisolo, tan metafísico y universal como el primero, de la misma generación que los demás, que un tiempo nos desconcertó caminando un trecho del brazo del siniestro Castellet. ¿Cree usted que, para ser del todo justa, debería traer aquí, aunque fuera para situarlos en segunda fila, a José María Castillo Navarro, Claudio Bassols, Miguel Buñuel y algún otro cuya ficha me he dejado en el bolso? Bien, sin más por el momento y esperando que al recibo de la presente se encuentre bien, en unión de los suyos, paso a interrogarle.

Usted habla en su libro de España, la España negra y la Españeta. Del prólogo se puede inferir qué significa cada término. Pero ¿podría ampliar las definiciones?

Expondré algunos ejemplos, que creo se explican por sí mismos. Para Darío de Regoyos y Émile Verhaeren, creadores del término “España negra”, ésta se define a través de aquellos niños atropellándose en la plaza de toros, después de las corridas y pellizcando las heridas de los pencos muertos para comprobar si todavía echaban sangre a borbotones o sólo salpicaduras. Mientras, los gitanos sacamantecas cantaban soleás con acompañamiento de guitarrines y aguardaban a que las inocentes

criaturas terminaran sus juegos, para despellejar los jamelgos corneados y rifarse su magro y delgado sebo.

En otro orden, patética y trágicamente, reaparece la España negra al principio de la Guerra Civil, cuando el gobernador franquista de San Sebastián suplica públicamente a las madres de buena familia que no lleven a sus hijos niños a presenciar las ejecuciones. O cuando Millán Astray grita en el paraninfo de la Universidad de Salamanca "¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!" Bien es verdad, aunque sea menos sabido, que también Millán Astray, con un trancazo y alta fiebre entre pecho y espalda, visita a los condenados a la última pena en la cárcel de Salamanca, el primero de enero de 1937 -el día del entierro de Miguel de Unamuno- y empeña su palabra ante ellos de que se han terminado las sacas criminales.

A mi juicio, los regios modelos de La familia de Carlos IV componen un acabado retablo de la más significativa Españeta. Al ver aquella tela en el Pardo dijo Théophile Gautier: "Esto no es retrato de una familia real. Disfrazada de reyes, reinas, infantes e infantas, pintó Goya a la familia de su panadero el día que le tocó el gordo de la lotería". Un día que yo supongo vendría a coincidir con la vigilia del carnaval.

Idéntica crisis de identidad, propia de una Españeta convertida en efímera pero reiterada parodia de la realidad nacional, se refleja en la más repetida de las vicisitudes políticas. En la entera historia del planeta, este es el único país donde una dinastía, la casa de Borbón, ha sido coceada del trono en cuatro ocasiones, entre 1808 y 1931, para regresar otras tres veces. También es la nuestra la sola nación que soberanean los Borbones, mucho después de expulsados de Francia, Nápoles y el ficticio reino de Etruria.

La Españeta, sin embargo, no es exclusivo patrimonio regio ni tampoco de las derechas españolas. Sarcástica y verazmente, afirmaba Emilio Castelar que ellos, los republicanos, quedaron faltos de enemigos políticos al alcanzar el poder. Entonces, en virtud de una fatídica inercia, se dedicaron a destruirse entre si y hundir el régimen recién instaurado. Lo mismo, o algo patéticamente parecido aunque mucho más trágico, puede decirse de la Segunda República.

La verdadera España brota o se alza en logros creadores de calado universal; en anticipaciones estremecedoras, que trascienden las visiones o presagios délficos y bíblicos y en acabados, libérrimos análisis del presente nacional. La he presenciado y sentido ante el pantocrátor de Taüll, *Les demoiselles d'Avignon*, *La persistencia de la memoria*, *Abel Sánchez*, *La rebelión de las masas*, las declaraciones de Antonio Machado a Ylia Ehrenburg y *Romance de lobos*, puestos a indicar muestras señeras. También la reconozco en tanto recuerdo la fundación del PSOE, el 2 de mayo de 1879 en un mendero madrileño. Es el más antiguo de los partidos políticos españoles y ni siquiera la escandalosa podredura que acompañó su paso por el poder pudo destrozarlo. No quiero concluir esta respuesta sin exponer mi admiración por un payaso de la peor Españeta, Carlos IV, puesto que fue el descubridor de

Goya. Asimismo, reafirmo mi orgullo como ciudadano de un país excepcional donde un jefe de Estado, Nicolás Salmerón, dimitió la primera magistratura para no verse obligado a firmar una pena de muerte.

¿Cuál de las tres entidades ha sido, históricamente, la más nefasta?

La más nefasta ha sido la España negra, aunque a veces se halle tan imbricada con la Española que resulta difícil distinguirlas o separarlas. En contexto distinto pero adecuado, vuelvo a evocar el segundo y el tercer grabado de los *Desastres de la guerra*. En una de aquellas láminas, los húsares franceses traspasan a bayonetazos a dos francotiradores. "Con razón o sin ella," escribe Goya al pie de aquel crimen. De inmediato, llega el turno de los guerrilleros y destripan a hachazos a sus invasores. El epígrafe del artista reza escuetamente: "Lo mismo."

¿Qué tendría que suceder para que, en el futuro, ese monstruo no se cerniese sobre los españoles, españoles o negrucios?

La peor España negra perdura en cada atentado del terrorismo y se solapa con la más patética Española, tan pronto se recuerda que al principio de la tregua etarra prometía solemnemente don Xavier Arzalluz su inmediata dimisión, si volvía a verterse una sola gota de sangre. Pero circunstancias políticas y tecnológicas, de orden histórico internacional, harán cada día imposible la persistencia o resurrección de la España negra. En fin de cuentas, pertenecemos al llamado Primer Mundo, en la Europa occidental y supuestamente civilizada. El más evidente error de los sublevados el 23 de febrero de 1981 fue haberse desmemoriado del atlas y el calendario. Aun en el supuesto de que triunfara la triste y ridícula asonada, la geografía y el tiempo la condenaban al fracaso en un santiamén. Conste que así se lo dije, años después, a Juan García Carrés y a Ricardo Pardo Zancada en presencia de varios testigos. Los dos asintieron enseguida.

Por el contrario, temo que la Española sobreviva, nos consuma y ridiculice hasta la consumación de los siglos y más allá aún, si hay un juicio final de los pueblos, posterior al de los hombres y al de los poetas, que según Ramón Gómez de la Serna precedería al de toda la especie humana en el Valle de Josafat. Concluyó la más larga de nuestras Dictaduras; pero la democracia no ha terminado con la Española. A título de muestra permítame escoger un par de botones políticos.

Cuando el señor González, perdidas las elecciones, manifestó la salerosa vaciedad de que jamás fue la victoria tan amarga ni tan dulce la derrota hablaba por sus labios la irreprimible Española. Cuando el muy honorable Pujol declaró en público que de hecho él presidía a Cataluña y no a su Generalitat espetaba otro españeteo. Un antiguo político y buen amigo mío, Vicenç Capdevila, me dijo entonces. "Esto es como si Aznar se proclamase presidente de España y no de su Gobierno". Conmovido y pesaroso, repliqué de inmediato: "Creeríamos que ha llegado la Tercera República y él la preside. Ruego a todos mis dioses, como rezaba Darío, que esto no suceda así".

Usted es catalán. Don Jordi Pujol dijo una vez que los catalanes no asumen el Quijote como cosa suya, ¿qué piensa de esa afirmación usted, que ha escrito páginas lúcidas sobre la obra Cervantina?

Desconocía semejante disparatado propósito, a cargo y cuenta del honorable, aunque le conozco otros como el citado en la respuesta anterior. Ustedes me aclararon por teléfono que también dijo *el president* que el protagonista de la mayor novela de Cervantes no era "ingenioso" sino "ingenuo." En materia de ingentes sandeces, esto me recuerda que la difunta Mercé Rodoreda -hoy en perenne olor de santidad literaria- escribía en el prólogo de una reedición de *La plaça del diamant* que su heroína la Colometa, o la Palomilla, era más compleja e interesante que el hidalgo de la Mancha. En honor a la verdad, apuntaré que por los años en que la señora Rodoreda malvivía en Francia como desterrada política, durante la Segunda Guerra Mundial, el señor Pujol se educaba en el colegio alemán de Barcelona: una institución adonde los padres amantes de la democracia formaban a sus hijos en aquellas siniestras calendas. Cabe en lo posible que no se leyese allí el Quijote; pero sería interesante preguntarle si tuvo *Mein Kampf* como texto de formación política.

¿Cree usted que, de un tiempo a esta parte, el Quijote ha dejado de ser patrimonio común y pasado a ser propiedad privada de don Francisco Rico?

Ignoraba que el profesor Rico se atribuyera, o le atribuyesen, la propiedad privada de Don Quijote. Hubo un tiempo, cuando él tendría unos dieciséis años y colaboraba en *La Jirafa* en que sí se adueñó intelectualmente de Ramón Eugenio de Goicoechea, el primer marido de Ana María Matute. Alababa la mano del Goico "que tantas cartas de amor escribiera." Me quedó grabada la frase, impresa en uno de sus laudos. A su entrada en la Real Academia Española, estuve a punto de ponerle una tarjeta y preguntarle aquello que decía Flaubert de Víctor Hugo, por la época en que el viejo se empeñaba en ser uno de los inmortales de *l'Academie*: "¿Cómo alguien que se cree alguien se obstina en ser algo?" Desconozco la edición crítica del Quijote que hizo el profesor Rico. La pondré en mi lista de espera, una sala donde guardo sólo sus Lecturas. Me pregunto qué pensará de la misma nuestro maestro Martín de Riquer, cuya propia edición he usado y profesado años atrás. Nunca comprenderé por qué Riquer despachaba aquello tan cervantino de que Dios y la naturaleza, no únicamente Dios, crearon al hombre libre como un puro disparate. En semejante frase, con la cual justifica el caballero su liberación de los forzados a galeras, veo una de las cuatro concreciones quintaesenciadas del barroco. Las otras tres serían el espejo y la puerta abierta al fondo de *Las meninas* y aquel verso de Shakespeare, inmejorable e inimitable, en una de sus comedias para mí menores, *La noche de epifanía*: *Nothing that is so is so*, "Nada de esto es esto." En fin, discúlpenme las digresiones.

En su libro, escribe cartas a escritores creadores, a escritores profetas, a jefes de estado, a líderes políticos, hablándoles de la España esencial y, mucho más, de la España negra y de la Española, ¿por qué no ha epistoleado usted a ningún cardenal, obispo, abad mitrado, capellán castrense o simple cura rural?

Ésta es una excelente pregunta para la cual caben varias respuestas. Bien saben los dioses de Darío que la Iglesia ha participado ampliamente de la España negra y la Españeta. ¿Dónde, si no, nació la Inquisición, hoy rediviva?" diría y en verdad escribió Unamuno en diversas ocasiones. Asimismo, me pregunto por qué fueron sacrificados seis mil religiosos en la España republicana en guerra, tan vilmente asesinados como los masones, liberales, izquierdistas o puros descreídos en la otra zona. No sería, pienso yo, para que ahora los beatifique Juan Pablo II: un Papa evidentemente irreligioso e iletrado, puesto que ignora la *Divina Commedia*. El Sumo Pontífice -un título que proviene de la Roma republicana y no de la imperial- desconoce que Dante cruzó por su propio pie el infierno y la gloria, regresando al mundo para rimar y contar su viaje. En su ineptia, el presente vicario de Cristo afirma que gloria y averno son simples estados de espíritu. Quisiera tener y gozar la auténtica fe, la del carbonero cuando los había, para darme el gusto de perderla al oír tan despiadados despropósitos. Pude haber escrito una carta abierta al canónigo Martí, o Martín en la época, Torrent, hijo de mi pueblo adoptivo, Maçanet de Cabrenys. Era capellán penitenciario de la Modelo y asistía en Barcelona a los reos de muerte, vueltos a la Iglesia, quieras o no, cuando entraban en capilla. "Dichosos aquellos a quienes van a fusilar o a garrotar," escribió y publicó aquel santo varón, "puesto que ellos conocen su hora suprema mientras los demás vivimos en la incertidumbre". En tanto aguardaba su propio tránsito y agonía, como diría el beato Malón de Chaide, el reverendo canónigo fue codicioso, lujurioso, *gourmand* y *gourmet*. Amasó una fortuna con el contrabando y mantuvo un muy poblado harén. Cuentan que varias de sus antiguas amantes, hasta entonces desconocidas por sus paisanos y amistades, acudieron a los funerales de Martí Torrent con sus bordes de la mano. Todos muy modosos, píos y espigados.

A su manera de ver, monseñor, el venerable, el beato, el santo, el nieto de Dios Padre, el no sabemos qué en estos momentos, porque cada mes lo ascienden, Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, también Marqués de Peralta, Rector Magnífico y caballero de la Orden de Isabel la Católica en clasificaciones terrenales, ¿pertenece a España, la Españeta o la España negra?

Pertenece a la Españeta más acrisolada y de la mejor ley. Por añadidura, su obra -por ser la de Dios, supongo- llegó a posesionarse del país en los últimos años del franquismo. Evidentemente, también domina buena parte de la presente Santa Sede, donde su imperio debe de ser poderosísimo. Como todo el mundo ya ha olvidado, si bien las nuevas vinieron impresas hasta en la revista *Time*, Juan Pablo II quería iniciar conjuntamente los procesos de beatificación de Isabel la Católica y José María Escrivá. Pusieron el grito en el cielo los judíos a propósito de la reina castellana y el Papa, siempre sensible a sus quejas y razones, anunció que se archivaban ambas causas. No se volvió a hablar de Isabel I, al menos en aquel contexto. Pero, sin que el Vaticano anunciara ninguna rectificación posterior, El Padre, como hoy reza su lápida en Roma, fue beatificado. Goza de la eterna bienaventuranza y se le puede rendir culto, como lo precisa el diccionario de la Real Academia Española. El culto será sagrado y venerable; pero también españetero, ridículo y triste. Retórica y académicamente, me pregunto cómo no iba a ser Españeta pura y dura el autor de una obra como *Camino*, donde ahora mismo releo: "No vuelles como un ave de corral, cuando puedes subir con las águilas"; "*Minutos de silencio*. Quédese esto para los ateos, masones y protestantes, que tienen el corazón seco"; "El matrimonio es para la clase de

tropa y no para el estado mayor de Cristo" y "El sacerdote, sea quien sea, es siempre otro Cristo." El último aforismo de El Padre es un evidente sacrilegio, por el cual lo habría quemado la Inquisición de no haberlo retractado él prudentemente y a su debido tiempo. En estas perlas de sabiduría eclesiástica vino a terminar la Iglesia del pintor de Sant Climent de Taüll, de los jesuitas Luis de Molina y Baltasar Gracián, de sor María de Ágreda, de santa Teresa y de san Juan de la Cruz.

Y Francisco Franco, generalísimo por lo militar, caudillo por lo civil y santo por el Palmar de Troya, ¿de cuál de las tres es ciudadano alcurne para los restos?

Supongo que caben dos rostros de Franco en la respuesta, como Godoy -el primero de nuestros generalísimos- puso el doble perfil de Jano en las armas de su casa. Con igual derecho que monseñor Escrivá, pertenece a la Españeta el Franco que redacta el último parte de la Guerra Civil y desliza allí dos faltas de ortografía, que Antonio Tovar quiso disimular con el canto de una *gillette* aunque nunca pudo borrarlas. Éste es también el Franco que acepta su entrada bajo palio en las iglesias del nacional catolicismo. O el que escucha seriamente, antes de rechazarla, la propuesta de Carrero para que se corone monarca y funde una nueva dinastía. Asimismo, es el Franco que levanta el Valle de los Caídos detrás de El Escorial, en el ridículo intento de compararse con Felipe II.

Con la España negra se confunde el Franco que firma sentencias de muerte sin parpadear -"garrote y prensa"- como me lo contó horrorizado, uno de sus antiguos ministros. Ni que decir tiene, éste será el dictador que entrega a su hija su supuesto testamento, en mitad de la horrenda agonía y le pide que lo rompa enseguida, si él sobrevive. El mismo Franco devendrá sujeto pasivo de otro episodio de la España negra, que habría fascinado a Regoyos y Verhearen. Vuelvo a su agonía, increíble e inconcebible aun para Dante redivivo. Bajo el manto de la Virgen del Pilar y junto al brazo de santa Teresa, su cráneo y su cuerpo se reducen como los de un enano. Con parte del estómago le extraen un coágulo de sangre del tamaño del puño de un hombre. Entre repetidas hemorragias anales y bucales, sufre varios paros cardíacos, un infarto de miocardio y una peritonitis. Pero todavía entonces, estremecido por el mal de Parkinson, medita la posibilidad de mantenerse en el poder, en el mando, como él llamaba al gobierno de la nación.

Teniendo en cuenta incluso a los que no aparecen en su libro, ¿con quiénes ha tenido peor suerte España? ¿Con los jefes de estado o con los dirigentes políticos?

Como dije en otras ocasiones, salvo el sistema parlamentario y la presente Monarquía, en España ha fracasado absolutamente todo hasta la fecha. Hablo de dos Repúblicas y de la Corona en el pasado; pero también de las instituciones y los movimientos sociales. En otras palabras, me refiero a la Iglesia, el Ejército, el progresismo, la revolución y el fascismo. La lista incluye tres de los cuatro jefes de Estado, a quienes me dirijo: Estanislao Figueras, Niceto Alcalá Zamora y Francisco Franco. El cuarto, don Juan Carlos I, reina hoy en un país, cada vez más parecido a una resurrección de la Españeta con siniestros toques de España negra.

Cuando el Rey era todavía Príncipe de España, me concedió una audiencia y solicitó un consejo después de decirme que lo pedía a todos sus visitantes. "Señor," repuse enseguida, "guardaros de la sombra de vuestro abuelo." Luego le repetí aquella afirmación de Manuel Azaña, en la retirada de Cataluña y casi al término de la Guerra Civil: "El Museo del Prado es más importante para España que la Monarquía y la República juntas."

Se mostró de acuerdo con Azaña acerca del Prado. Pero pareció sorprendido por mi aviso en relación con el espectro de su antepasado. Más de un cuarto de siglo después, en una exposición antológica y universal del arte erótico, vi los documentales que Alfonso XIII se hacia filmar en los burdeles de Madrid, para su regio regalo. Los documentales no estaban fechados; pero supongo los tomaron cualquier tarde, entre el desastre de Annual y la caída de la Monarquía.

Por cuanto atañe a los políticos, destinatarios de mis cartas a vivos y muertos, baste recordar aquí que de las aberraciones de don Sabino Arana, pidiendo que España se despedazara en una sanguinaria guerra civil, para que Euskadi obtuviese su independencia, descienden diagonalmente y a través de la España negra todos los crímenes de ETA.

Y ¿quiénes han sido más lúcidos? ¿Los profetas o los creadores?

Me piden comparar su lucidez y no alcanzo a distinguir entre profetas y creadores. El artista anónimo de Taull anticipa en su Pantocrátor todo el existencialismo de los siglos XIX y XX, desde Kierkegaard a Unamuno, Sartre y Heidegger. Al mismo tiempo, como pintor, aquel hombre supera a Giotto y lo precede con casi un siglo de antelación. Irónicamente, nunca conoceremos su nombre ni ninguna otra obra suya. Al terminar su piadosa almendra mística de Sant Climent, desaparece como si nunca hubiese existido. Por el contrario, Pablo Picasso emprende su decadencia al concluir la más profética de sus obras, *Guernica*. Desde entonces hasta su muerte, a la vuelta de treinta y seis años pintará más que en el resto de su vida anterior. Pero aquella fiebre creadora no tiene otro propósito ni justificación que el desesperado afán de un anciano por saberse vivo. Una vez al menos, la creación muda de nombre, al percatarse el artista de que su obra es una inconsciente profecía. En junio de 1936, Salvador Dalí expone uno de los lo capitales de la pintura universal: *Construcción blanda con judías hervidas*. En octubre de aquel año, a los tres meses de estallada la contienda nacional, llama a la tela *Premonición de la Guerra Civil española*. Algunos críticos lo culpan todavía de haber aprovechado aquella tragedia para dar mayor sentido y realce a su óleo. La suya fue una aproximación disparatada y miope. Verazmente había dicho antes el propio Dalí que en determinados casos, él tardaba años en comprender alguno de sus lienzos, No me cabe duda de que pintó inadvertidamente su premonición de la guerra de España, cuando se imaginaba pincelar y componer *Construcción blanda con judías hervidas*.

Pudo oír nuestro corresponsal en Barcelona, en la presentación de su libro, cómo el periodista y escritor Xavier Bru de Salas acuñó dos neologismos a partir del suyo definitorio: *españetear* y *españeteo*, y usted mismo, en la conversación telefónica con nosotros mantenida, cuando concertamos esta entrevista, habló de *españetero*. Nosotros andamos empeñados en una lucha por

la limpieza del mundo literario español. Se nos concede cierta chispa en el invento de neologismos traumatizantes para los serios y solemnes, como el mentado Rico, De la Concha, Darío Villanueva, Sanz Villanueva, García Posada y algunos otros sombrones, ¿nos da la venia para que, a partir de su ocurrencia, hablemos de *noveleta*, *critiqueta*, *autoreta*, *escritorete*, *critiquete*, *academieta*, *poeta*, *receta*, *peseta*, *guardameta*, etc.?

Xavier Bru de Sala hizo una inteligentísima exposición de *Puñeta, la Española*. Pero los términos *españetear* y *españeteo* los acuñé yo en el libro. Xavier los citó y comentó con mucho tino e ironía. En realidad, aquéllas vienen a ser las únicas voces exclusivamente mías. La puñeta del título la debo a mi editor, Ramón Serrano Balasch y la Española la heredé de un excelente amigo muerto, Eduardo Vancos. Precisado lo anterior, como diría el lenguaje notarial, gustosamente concedo la venia solicitada.

¿Ve usted, actualmente, manifestaciones de una Española cultural?

"Miro los muros de la patria mía," como gemía don Francisco de Quevedo y me parten el alma, puesto que no encierran sino Española cultural y política, pringada aquí y allá por la sangre de la España negra. La más inveterada Española, la mentalmente "berzosa," como la llamaría *La Fiera Literaria*, se acomoda y medra en los nacionalismos peninsulares. Así lo escribí en mi libro y vino a expresarle el doctor Heribert Barrera -un hombre a quien admiro profundamente, catedrático de química, humanista, antiguo presidente del Parlament Cataluña y de Esquerra Republicana-, cuando presentó *Puñeta, la Española* en el Ateneo de Barcelona. Coincidí con la infanta María Teresa de Borbón Parma, en la concesión del primer Premio Así Fue, de Plaza-Janés. Yo empezaba o proseguía mi despotriquería contra la Española actual y muchos aspectos, culturales y académicos, de los Estados Unidos. Pacientemente, replicó la infanta que acaso aquí no estuviésemos tan mal. "Señora," suspiré. "En este país todo es bajísimo de techo, empezando por vuestra familia en la Zarzuela."

Hoy día, triunfan en España personajes como Gala, Umbral, Javier Marías, Almudena Grandes, Rosa Montero, Muñoz Molina, etc. Usted ha enseñado literatura en Emory durante más de treinta años. ¿Qué piensa de los nombrados como lector, como profesor y como autor de algunas de las mejores novelas españolas del siglo XX?

Ni personal ni cristianamente, léase de viva voz o a través de sus obras, he tratado a Almudena Grandes. Si he leído a Rosa Montero, Antonio Gala, Francisco Umbral, Javier Marías y Antonio Muñoz Molina. De Marías conozco una novela y de Muñoz Molina, dos. Hace un cuarto de siglo coincidí con Antonio Gala en Madrid y en algunas ocasiones he conversado con Francisco Umbral. Rosa Montero y yo nos encontramos en un par de congresos, de *España Contemporánea*, en Ohio State University. Escuché sus ponencias y ella las mías. Las suyas eran de un feminismo *light*, si mal no recuerdo. Las mías las he olvidado por completo. De Gala celebré el tono político de los artículos, que él escribía en los últimos años del franquismo. A Umbral lo tengo por un buen entomólogo del lenguaje. Aunque ya la disfruten, a todos les deseo la mejor suerte. *Buona fortuna a te, buona fortuna!* Pero no volveré a leerlos porque estamos, o estuvimos siempre, en distintas galaxias. En las vejeces prescindí de la promiscui-

dad de lecturas, que presidió mis mocedades y mi madurez. También me fui identificando con el arte y la crítica artística, en la medida que me alejaba de la literatura y la crítica literaria. O de lo que pasa por ellas en nuestros tiempos. Las horas que mantengo libres las dedico a leer *La Fiera Literaria*, claro, y a releer *Finnegans Wake* y una obra inolvidable, que ustedes me proporcionaron: *La gran parodia*, de Juan Ignacio Ferreras. Lamentablemente, el ejemplar salió tarado de la imprenta y faltan allí las páginas 138, 139, 142, 146, 147 y 148.

Cabe la remota posibilidad de que algún día zurza un ensayo sobre Joyce, su *Finnegans Wake*, Fernando de Rojas, *La Celestina* y el muy verídico mito del pecado original. Pero seriamente lo dudo, un poco a pesar de mí mismo.

Le sabemos lector asiduo de *La Fiera*, ¿qué opina de su labor, de su talante, de sus maneras, de la crítica que realiza en sus *Cuadernos*?

Me place sobremanera que un periodista y académico -monárquico de la supuesta "derecha civilizada", como la catalogaban veinticinco años atrás-, Luis María Ansón, escribiese lo que escribió acerca de *La Fiera* en *La Razón* del 15 de julio de este año. Aseguraba allí que *La Fiera*, con su independencia y agresividad, nos devuelve el tono y la tensión dialécticos de los monstruos creadores del siglo XVII. Ansón los dejaba en "grandes," como si fuesen altos aristócratas de España o la Españeta. Quedose corto, pues que "monstruo de la naturaleza" decía Cervantes a Lope y Góngora lo rebajaba a "Lopillo." Como huelga decir, estoy muy de acuerdo con Luis María Ansón a propósito de *La Fiera Literaria*. Lo estoy con una sola salvedad, de forma que no de fondo, que expondré en la siguiente respuesta.

Hay quienes, dando la razón a cuanto dice *La Fiera* sobre la corrupción, la incompetencia de la crítica y la falta de rigor de los informadores, la comercialización abusiva de la cultura, la consideración del libro como valor de cambio y no de uso, piensan que se equivoca en la forma, refiriéndose al amplio uso que hacemos de la ironía y del humor... ¿Está usted de acuerdo con estos amigables críticos?

Nos dieron la vida sin pedirla y a mí al menos me resulta una posición ajena. Pero nuestro lenguaje es nuestra identidad. Inseparable de su contenido ideológico y su perenne denuncia de la comercialización de la cultura, *La Fiera* ha creado unas formas de expresión crítica, que recuerdan o superan la "esperpéntica" prosa del mejor Valle-Inclán. No obstante quisiera cursar un reparo, o amistosa observación, que pueden ustedes traspapelar o tener en cuenta. Aunque conste la nómina de colaboradores de *La Fiera Literaria*, el lenguaje del boletín es tan característico y tan genuina su desgarrada brillantez verbal, en el fustigamiento del españolero sistema establecido, que todas las voces críticas del Centro de Documentación de la Novela vienen a confundirse. Sin cambio ni mengua del contenido y menos del propósito fundamental de *La Fiera*, creo que sería conveniente que en el boletín se oyese o percibiera una diversidad de estilos, todos movidos por el mismo afán e idénticos principios; pero dispa-

res en la expresión. No sé si me explico. Acaso sólo busque otras razones para también admirar *La Fiera* por nuevos motivos.

En el puente de los años 60 a 70, usted participó en un movimiento literario que propugnaba para la novela española mayor carga intelectual, imaginativa y de novedad formal, ¿fue la crítica justa con ese intento de universalizar la novela española, frente al casticismo, el realismo costumbrista, el realismo social? ¿La de prensa? La universitaria?

También yo daré un quiebro a1 tono y voy a dejar de lado toda pretensión de aticismo. Confieso sentirme tan harto y vuelto de todo, que se me da un puñetero carajo la justicia, la injusticia, de la más prodigada crítica españetera. Quizás quepa hacer una excepción con la universitaria, que en España y en el extranjero ha dedicado ensayos, tesis y tesinas a aquel movimiento y a sus autores. A título particular y aunque esto no signifique nada, recordaré aquí que algunos de mis libros, ignorados o guillotizados a su aparición en este vergel, fueron traducidos a diversas lenguas y recibieron una razonada acogida crítica en aquel mundo, europeo y americano, que siempre nos caerá ancho y ajeno como diría Ciro Bayo.

Hoy se hacen balances de la novela española del siglo XX y, al llegar al medio siglo, se habla de Benet, de Martín Santos, de García Hortelano, de los realistas sociales como Salinas, Ferres y López Pacheco, pero a ustedes ni los nombran. ¿A qué cree que se debe esto?

La disparidad crítica que señalan me deja indiferente. Me resbala por el alma y el arco de triunfo, como vine a expresarlo más arriba. Se ha reiterado hasta la saciedad aquello de que escribir en España es llorar: lamento rubricado y legado por un suicida. Yo diría que no merece la pena escribir, en un país donde tanto se publica, tan poco se lee y tan comercializada anda la cultura. Por lo demás, la acogida o el olvido del arte y la literatura a través del tiempo, fueron siempre aleatorios. Sin Carlos IV no hablaríamos nosotros de don Francisco de Goya y Lucientes. Sin el falso Quijote, el del fingido Avellaneda, no habría publicado Cervantes la segunda parte del suyo. Valga ahora un salto en el vacío, cualitativo y copernicano, sin el artículo que escribió Sartre en *Les Lettres Françaises* acerca de *The Sound and the Fury*, nadie recordaría hoy quien fue William Faulkner. En este último caso -el de William Falkner o Faulkner, como le plugo mudar de apellido- tampoco sé si el olvido no fuera una bendición, aunque en mi disoluta juventud, con su promiscuidad de lecturas, andaba lejos de creerlo así. En una ocasión visité su casa de Oxford, Misisipi o Mississipi. Sali casi bizco de tan fascinado por las colchas rosas en las camas, las mamarrachadas pintadas por mamá Falkner y el catálogo de la biblioteca de su ilustre vástago. Los libros los había robado Jill Faulkner, después de venderlos con la propia casa a la Universidad de Mississipi o Misisipi. Pero el catálogo se ofrecía a la vista del público. Faulkner no reunió más allá de trescientos volúmenes en toda su vida. Más de la mitad eran ediciones en lenguas extranjeras - presentes rastrillados en los viajes, que no podía leer.

El empachoso gusto por lo castizo, el realismo, el costumbrismo, la pringue, la berza, los cuescos, los regüeldos, los toros destripados, las escopetas de caza, las gracias a lo Cela y Umbral,

la sangre encebollada, el follar sin eros y sin amor ¿pertenece al ser de España, de la Españeta o de la España negra?

Los cuescos, los regüeldos, los toros destripados, las escopetas de caza, la sangre encebollada y el follar sin eros y sin amor, junto con la cursilería, la memez, la bajura de techo, la bajeza de miras, la gramática parda de los políticos y las conclusiones de las conferencias episcopales caen de cualquier lado. Sea el de la Españeta o la España negra, según sople el viento que los orea sin que nunca, por desdicha, llegue a barrerlos.

Mary Luz Bodineau